

LETRAS

letrillas

LETRONES

CARTA DESDE ALEMANIA

Tadeusz Sobolewicz

El Intercity Wawel, que une Cracovia con Hamburgo, tarda diez horas en llegar hasta Berlín. No era el enlace soñado, pero desde la remota Tarnów, donde había descansado unos días, no había una posibilidad mejor. El tren era nuevo y cómodo; los pasajeros eran extremadamente silenciosos y educados, con lo que la cosa resultaba llevadera. Sólo el calor se iba haciendo notar; en Forst, la primera parada en Alemania, aproveché la pausa larga para respirar aire fresco en la puerta. Bromeaba con uno de los policías de fronteras cuando se sumó un pasajero elegante y ya mayor que me había llamado la atención con sus frecuentes paseos por el pasillo. Me preguntó, en muy buen alemán, si estudiaba en Cracovia; le expliqué que volvía de dar unas conferencias en Lublin. Declaró su amor por España, que demostró co-

nocer bastante bien; me preguntó si había estado en Majdanek (el campo de concentración cercano a Lublin). Se interesó aún más cuando le contesté que sí. Como también hablamos de Cracovia, preguntó si había visitado Auschwitz; le dije que esperaba hacerlo en mi siguiente estancia. Entonces sonrió para decir, con ese raro orgullo de la confianza: “Yo estuve allí”. Tuve la súbita emoción de los momentos largamente imaginados. “Cuatro años de mi vida”, prosiguió, “en Auschwitz y en Buchenwald. Tenía diecisiete años cuando me enviaron allí”. Viajaba ahora, de hecho, a un seminario sobre el tema; me explicó que continuamente imparte charlas y realiza visitas guiadas para los jóvenes polacos y alemanes que visitan sus antiguos lugares de cautiverio.

Hay tópicos que quienes han vivido ciertas experiencias pueden restaurar en su autenticidad originaria. “¿Sabe lo que le envidio?”, me espetó mi inesperado amigo, “que usted es joven y yo tengo ochenta años”. Sin asomo de adu-

lación le hice notar que se mantiene casi asombrosamente joven y que por mi parte envidiaba su sabiduría y su experiencia. “Bah”, descartó con la mano, más jovial que desdenosamente, “todo se lo debo a Dios y a la ayuda de los camaradas. La amistad, la solidaridad, el apoyo de los camaradas, querido mío: eso es lo que nos sostiene”. Este hombre extraordinario, rebosante de afecto y ganas de vivir, me diría después: “Usted, con su trabajo, ayuda a establecer vínculos entre las gentes. Eso es lo que merece la pena. Llámeme la próxima vez que venga a Cracovia; quizá pueda enseñarle algo. Mi nombre es Sobolewicz. Llámeme, y hablaremos más largamente”. Se disculpó para ir al baño y acudió a buscar a su mujer. En el pasillo me dio su tarjeta; insistió repetidamente en que le llamara, con énfasis que descartaba la banalidad de la corte-sía. Se bajaron en Cottbus, frágiles y enérgicos, de algún modo admirables. Yo repasaba nuestra breve charla y su tarjeta en la que se leía “Tadeusz Sobolewicz. Aktor”.

Pensé desde el primer momento en escribirle, pero una vez en Tübingen se me ocurrió buscar en Internet detalles nuevos sobre su persona. Los hallazgos desbordaron mis previsiones: Tadeusz Sobolewicz es uno de los mayores activistas vivos de la memoria del Holocausto. No sólo imparte, como me dijera, seminarios y charlas, sino que es autor de un libro publicado en Alemania por Fischer. Lo encargué de inmediato en Amazon y no tardó en llegarme. He leído bastante literatura sobre el tema, pero nunca desde un atisbo de amistad real con el protagonista. El título resume todo: *De vuelta del infierno. De la arbitrariedad de la supervivencia en el campo de concentración*. La inverosímil concatenación de azares que permitió a este joven polaco sobrevivir a cuatro años de explotación inhumana en su periplo por seis campos puede ser calificada de milagrosa. Lo que Tadeusz Sobolewicz no deja de recalcar, en todo caso, es el factor humano, la repetida ayuda de camaradas de infortunio que, bajo condiciones infernales, arriesgaron su vida

en el intento casi irracional de prolongar un tanto la de otros.

Implicado como correo en las acciones de un grupo de resistencia dirigido por su padre (oficial del ejército polaco), el joven Tadeusz es detenido en septiembre de 1941. Salvajemente interrogado y tras ser retenido un par de meses con otros veinte presos en una celda de quince metros cuadrados, se le envía a Auschwitz. Además de a la esclavitud, el hambre y las palizas, sobrevive allí al tifus y a una segura ejecución por una falta mínima: unos compañeros recogen su cuerpo apaleado y cambian su ropa por la de un cadáver. Destinado por sus conocimientos de alemán al registro de los deportados judíos que van ingresando a millares, recibe de uno de éstos a escondidas un reloj con el que compra, siempre a riesgo de su vida, un destino en la cocina. El trabajo allí es durísimo, pero menos expuesto; y sobre todo, el robo solidario le permite una alimentación algo mejor. En marzo de 1943, junto con otros presos polacos, es enviado a Buchenwald. Aunque los crematorios no dejan de funcionar aquí, las condiciones son menos brutales: la mayoría de los presos son políticos y los *kapos* no son criminales resentidos como en Auschwitz. Tadeusz vuelve a conseguir buenos contactos en el hospital y en la cocina, pero en octubre es destinado como esclavo a Leipzig, donde trabaja en la fabricación del fuselaje de los Messerschmitts. Poco después prolonga este trabajo en Mülsen, en una fábrica subterránea. Un incendio provocado por los prisioneros rusos en un intento desesperado de fuga acaba con la vida de la mayoría; el joven Tadeusz sufre gravísimas quemaduras y los culatazos adicionales de los ss. Trasladado con los demás quemados al campo de Flossenbürg, sobrevive y cura gracias a la tenacidad inaudita del enfermero Tadeusz Kosmider, que llega a someterle a baños con permanganato de potasio en la misma bañera del médico jefe de las ss, aprovechando sus continuas borracheras (este individuo, Schmitz, era un sádico que se jactaba de haber elevado la cifra mensual de en-

fermos muertos a dos mil y que operaba por capricho, tan bebido que con frecuencia no podía concluir y delegaba en los presos que le asistían la tarea de coser a la víctima como podían). Poco antes del final de la guerra, Tadeusz todavía es enviado a un grupo empleado en labores de desescombro en Regensburg, asolado por los bombardeos aliados. (En una escena entre dantesca y surreal, narra cómo él y un compañero fueron obligados a punta de pistola por el comandante en jefe Plagge a desplazarse en pleno bombardeo, cargados con las calderas de la cocina, hasta la estación central; entre vagones que saltaban por los aires, y con los centinelas en los refugios, Plagge pudo así robar varias decenas de litros de coñac.) Cuando la situación en el frente es ya desesperada, comienza una de las famosas “marchas de la muerte”: centenares de presos exhaustos son arrastrados por sus verdugos en su huida y rematados por el camino. Al límite de sus fuerzas, Tadeusz y otros prisioneros logran escabullirse y reciben refugio y ayuda de unos campesinos bávaros hasta que son liberados por las tropas americanas.

Naturalmente, este pálido resumen no puede dar cuenta del horror vivido. Los innumerables compañeros muertos (o su propio padre, gaseado en Auschwitz) han debido permanecer en el recuerdo de Tadeusz Sobolewicz tanto como las quemaduras en su cuerpo. Y sin embargo, en el estilo deliberadamente sencillo de su crónica, brilla siempre una abrumadora fe en la vida. Sobolewicz sabe (lo dice ya en el título) que haber sobrevivido no es un mérito. Extraer de su experiencia la lección que quiere transmitirnos sí lo es. En nuestro tren camino a Cottbus, no tardó cinco minutos en decírmelo: “La amistad, la solidaridad, la ayuda de los camaradas, eso es lo que nos sostiene”. Para él fue ésa la condición insuficiente, pero imprescindible. Cada vez que recibió un pedazo de pan de alguien, subraya, el apoyo moral multiplicaba el aporte calórico. Las graves palabras con que cierra el relato de su salvación en Auschwitz pueden servir también para

esta breve evocación de su figura. “Me recía la pena soportar todo aquello para descubrir en carne propia que había en el campo gente cuyos corazones —a pesar de todos los peligros— latían por otros. Gracias a este dramático incidente cambié mi disposición interna. Había aprendido que las personas que hacen el bien permiten a otras descubrir de nuevo el sentido de la vida.”

Tadeusz Sobolewicz estudió Filosofía y Teatro y llegó a ser un actor reconocido en Polonia. Vive en Cracovia. Pocas personas me han impresionado tanto al conocerlas. —

— IBON ZUBIAUR

COCINA

Els pets esfèricats

Hay japoneses que vuelan de Kyoto a Girona con un solo objetivo: bajan del avión vestidos de veranillo y sin perder el paso ni el tiempo montan un taxi y con una sonrisa mansa, como si no acabaran de chuparse un millaje innoble, le dicen al chófer que los lleve al Bulli, ese restaurante mundialmente famoso del que se ha escrito todo, excepto una consecuencia que ya iré planteando en estas líneas. El Bulli, ya se sabe, está a más de 150 kilómetros de Barcelona, justamente al final de una carretera estrecha y serpenteante que baja hasta la cala Montjoy, en la Costa Brava; esto lo anoto para ilustrar que ahí no se llega más que a mansalva y con la disposición de someterse a la cocina excéntrica del chef más famoso del mundo. La cosa empieza en la terraza, donde se sirven entrantes y aperitivos: mojito de pomelo y albahaca; lazo de remolacha con polvo de vinagre y yogur; pétalos de manzana y flor de apio; macarrones de pórex; caviar de melón y una empanadilla transparente, de eucalipto y grosella, cuyo desconcertante aspecto es el de una bolsa de plástico con una fruta dentro —quiero decir desconcertante para mí, no sé si para los japoneses, que están habituados a la excentricidad, que saben que la música viene de los

karaoke y que una habitación de hotel no debe exceder las dimensiones de un féretro—. Pero la verdad es que había más que japoneses en aquella terraza con vistas estupendas y brisa mediterránea, había de todo, hasta un mexicano siniestro, de gazné y sin calcetines, que llegó por mar del brazo de una mulata que había embarcado en La Habana.

De aquella terraza pasamos al interior, a la cena en forma, inmediatamente después de un agua de piña de pino que era, cuando menos así lo percibí, como beberse un árbol. Con aquel árbol adentro entendí lo que ahí empezaba a pasar, y hallé incluso un interés retrospectivo por el macarrón de pórex que acababa de comerme de manera mecánica, sin reparar en el desafío que suponía ese bocado donde batallaban, en igualdad de fuerzas, el sabor y la estructura que le daba forma. El interior del Bulli es de una normalidad que dejó fríos a los japoneses que viajaban desde Kyoto y al mexicano que viajaba sin calcetines, una normalidad necesaria, supongo, para que no interfiera con lo que va a comerse. El resto de la concurrencia, no cabe mucha, eran españoles, franceses y una pareja de ingleses trabajando para alguna publicación de cocina. Uno comía y decía su opinión ante el magnetófono que sostenía, sin probar bocado, la otra. El primer platillo de esa cena en forma fue un aire de zanahoria con coco amargo, uno de los desafíos estructurales del chef Adriá: los aires, que a lo largo de la cena se fueron ampliando hacia la criogenización y, más que nada, hacia la esferificación, dos conceptos que ya explicaré más abajo para no interferir con la aparición del siguiente platillo, que fue el *summum* de lo aéreo: un globo untado de esencia de flor de azahar que había que oler, a lo largo y a lo ancho, antes de que el camarero cortara la punta con una tijerita y nos indicara que inhaláramos el aire que escapaba de adentro, que era también de azahar pero más intenso y que nos dejó listos para acceder al siguiente nivel, que era una sopa de aceite con cítricos, aceituna verde y flor de azahar,



El Bulli, el parto de los "aires".

esa florecilla modesta que en menos de tres minutos olimos, inhalamos y masticamos, y que nos dejó el sistema digestivo como un prado con flores y pino bebido, el territorio ideal para implantar los gnocchi de calabaza con su aceite, cítricos y especias de Córdoba, un platillo construido con la técnica de la esferificación, a saber: una pasta casi líquida de calabaza contenida dentro de una película transparente, donde la calabaza sabe poco para poner de relieve la delicada arquitectura del platillo. O bien: un continente esferificado que al momento de ser perforado por un diente produce una catarata de calabaza fresca que corre por la boca y se despeña cuerpo abajo por las compuertas glóticas. Detrás de esa catarata baja también esa cubierta esferificante que al cabo de unas horas, como más tarde puede comprobar en mí y en los que iban conmigo, produce una revolución en el sistema digestivo. Después vinieron las ostras con cinta ibérica y emulsión de pistacho, el huevo de espárragos al falso tartufo y el Niguirí de navaja con spray de jengibre. A estas alturas, además del mojito y del agua de piña de pino, ya se había bebido cava, vino blanco y un par de tintos del Priorat de diversas espesuras, una escalada alcohólica que va situando a los comensales en un nivel de temeridad imprescindible para atacar tanta excentricidad, y que en esa noche específica había logrado transfigurar en violentas carcajadas la risa mansa de los japoneses (quizá algo de *jet lag* también había) y en babero el gazné del hombre sin calcetines. Así que, con el Bulli per-

fectamente entonado, llegó la zona dura del menú de Adriá: mollejas de conejo, alcajenques *trinxat* y aire de regaliz (nótese que aquí va más aire y súmese al del globo); espárragos de trigo con pasta marroquí, gelée de yogur y mato; *espardenyas* al puré de limón (una obra maestra que a la primera mordida me provocó una alucinación: un ángel con barbas de Neptuno que se posaba, durante una fracción de segundo, sobre la mesa); y una ventresca de cabrito a los aromáticos (*gran finale* en pecado mortal por rendirse, sin ninguna reserva bíblica, ante el vellocino de oro). Después de la ventresca el restaurante daba vueltas. Pedí una reposición de agua de piña de pino para procurarme otro árbol y comprender, protegido en su sombra, que al Bulli no se va a cenar sino a mirar y a degustar la obra de un artista. Luego vinieron los postres: esférico de té (más esferificación) con granizado de limón; tortilla de leche; lágrimas de naranja y coulant-nitrofruta-de-la-pasión, este último pasado por ese proceso que ya habíamos mencionado, el de la criogenización, que consiste en congelar un sabor en determinado instante para después regresarlo a la vida por medio de una humareda helada y blanca. Luego el café, la cuenta y un paseo largo a la intemperie para ir digiriendo la experiencia y, sobre todo, la materia novedosa que había caído, por primera vez, en nuestro tejido digestivo. Yo ya desde ahí comenzaba a sentir, con la brisa del mar refrescándome la cara, ciertos movimientos peristálticos, si no anómalos

sí ligeramente subidos. No había ruidos gástricos ni rechinidos de tripas, más bien se trataba de un rumor permanente que fue consolidándose. Dos días más tarde, ya sin rastros de peristalsis pero todavía con un eco del rumor y luego de haber celebrado un par de deposiciones espumosas, entré en un periodo agudo de ventoseo que al principio me pareció normal pero que, al cabo de un rato, ya no tanto, pues empecé a notar que los vientos que iba produciendo eran inocuos mientras no pegaran contra un obstáculo, porque en cuanto lo hacían algo en ellos se activaba y adquirirían, en un instante, todo su rigor. Una observación más detallada del fenómeno que efectué entre las estaciones Muntaner y Tres Torres del metro barcelonés, más los severos cuestionamientos que apliqué a los amigos que me habían acompañado aquella noche, me hicieron concluir que la estructura de aquellos alimentos se había troquelado en nuestras esporas digestivas y que ahora esa estructura se reproducía, de manera aleatoria y desde luego *ad libitum*, en nuestro ciclo digestivo. Así, a la espuma del segundo día siguieron los vientos esferificados del día siguiente, una ventosidad encapsulada en una membrana esferificante que pasaba insensiblemente de largo hasta que chocaba contra una pared, un vagón o, perdonen ustedes, una persona, así fue, y así es, porque ahora esferifico mientras escribo estas líneas y aguardo con recelo el momento en que una humareda helada y blanca me recorra el tracto y me avise de que he llegado a la fase de la criogenización. —

— JORDI SOLER

HOMENAJE

Raúl Rivero, un héroe de nuestro tiempo

La realidad, tan dúctil, tan olvidadiza, supera siempre al que espera, y el tiempo juega en contra del que está caído. Es muy cierto el refrán que dice “A perro flaco todo son pulgas”. La actualidad es un arma de

doble filo en manos aviesas y los casos que no gozan de una inmediatez sangrante quedan lejos del interés de los medios. Ha pasado ya casi un año y medio, quince largos meses, desde que el poeta cubano Raúl Rivero, junto a 72 compañeros, fuera encarcelado por el régimen castrista. En esta hora Rivero está ingresado en un hospital penitenciario, convaleciente de enfisema pulmonar —fruto de su decidida afición al tabaco de la isla— y de neumonía —fruto de las terribles condiciones en que le mantiene su decidida afición a la libertad—.

Raúl Rivero ha hecho un viaje al revés: si en la juventud vivía en los aledaños culturales del Estado, cerca del poder —fue agregado cultural en la Unión Soviética, secretario de la UNEAC, amigo de Nicolás Guillén y de tantos otros—, los años en cambio le han hecho joven, acentuando su sentido del compromiso con las libertades públicas —léanse las deliciosas crónicas de su libro *Sin pan y sin palabras*— y haciéndole denunciar las atrocidades de un régimen de opereta que mantiene secuestrados a varios millones de cubanos. Este cambio de actitud vital, este viaje al revés, esta fidelidad a sí mismo, es en realidad una expresión de amor a su tierra: un país que se ha resistido a abandonar, aun cuando todas las circunstancias le invitaran a hacerlo. Pero en Cuba intentar ser libre es condenarse a veinte años de prisión.

Yo lo puedo decir aquí porque sé que a mí no va a pasarme nada: vivo en un país libre y democrático, y el Estado vela porque yo conserve mis derechos. Raúl Rivero, en cambio, ha jugado fuerte —personal, que no políticamente— en un Estado cuyo aparato represivo trata, por encima de derechos y deberes, de perpetuar el poder. Aun así, a los eternos bienpensantes de nuestro entorno les siguen pareciendo justas las doctrinas que intentan dar un fundamento jurídico a aquella demenciada situación, como esa premisa constitucional (basada no sé si en Batista o en Robespierre), verdadera piedra angular, que dice:

“La revolución es fuente de derecho”. Los que tenemos familiares o amigos inocentes en aquellas negras cárceles, también sabemos lo que eso significa.

En un curioso juego de censuras y cesuras, Raúl Rivero ha podido sacar de la cárcel los —magníficos— poemas no políticos que de vez en cuando escribe entre las húmedas paredes de su celda. Bien puede decir que sus versos han ganado en hondura: a ello no es ajeno el pozo en que está metido. Hoy, sin embargo, entre tubos y mascarillas —si las hay—, intenta recuperarse para nosotros y para la poesía de una enfermedad contraída por las condiciones de vida en que, como a muchos otros, lo obligan a vivir. Seguramente, el comisario político de turno (¡qué palabras creímos desterradas!), a la cabecera de la cama, estará, como en las viejas películas, intentando vencerle de las bondades del régimen, diciéndole lo que el ciego le decía a Lázaro sobre el jarro de vino: “Mira, Lázaro, aquello que te enfermó ahora te cura y da salud”.

Pero al contrario que Lázaro, Raúl Rivero no ha consentido una situación indigna desde la que medrar a la sombra de los poderosos. Por eso son tantas las sombras que lo atenazan. Y es que la enfermedad de Rivero, por un raro paralelismo tan propio de sus versos, es también la enfermedad de su país: una asfixia paralizante. Recuerdo los tiempos, aún no muy lejanos, en que en España se hablaba de ese mal que era la fuga de cerebros. ¿Qué diremos de un régimen que no sólo los desdeña, sino que los destruye? Hay un autor ruso de la primera mitad del siglo XIX, Mijaíl Lermontov, que escribió una novela de título bellamente irónico: *Un héroe de nuestro tiempo*. Pechorin, su protagonista, es un aventurero sin esperanza, un ser que vive entre el cinismo y la melancolía. Mejor que Lázaro, y también mejor que Pechorin, conservando su luz en medio de la oscuridad que le rodea, eso es Raúl Rivero: un héroe de nuestro tiempo. —

— JUAN MANUEL GONZÁLEZ ZAPATERO

POESÍA

El Neruda vacante

Todo el mundo ha “nerudeado” en este año del centenario del vate. Exposiciones, números especiales de suplementos periodísticos, ciclos de conferencias, amontonándose al pie del monumento. Nuestra probada e hispana oscilación entre el vituperio y el encomio, sin medias luces, se zanjó en este caso en un festín del ditirambo. Las loas de la efeméride llegaron a producirme una indigestión nerudiana. Por mucho que me guste el poeta del pez, me descubrí de pronto, en medio del verano, recordando que también este año cumple noventa, y con salud, el antipoeta Nicanor Parra. Y lo estuve releendo y añorando, como un purgante saludable contra tanto lirismo oficialista.

Una noche, hará unos cinco años, me llamó Parra por teléfono, desde Las Cruces, su refugio en la costa central de Chile. Me habló con esa voz inclinada, arrastrada, ladina, en la que late siempre una arteria de humor y autoironía (de la que tan poco supo Neruda). “A propóooooosito, Carlos”, me dijo, “te cuento que al fin, cerca de mis noventa, he encontrado mi seudónimo. Porque tú habrás notado que yo soy el único poeta chileno sin seudónimo” (aludiendo a Neruda y a Gabriela Mistral; por supuesto, Nicanor se compara sólo con nuestros nóbeles). “Ahora bien”, continuó, “si me he demorado tanto en encontrar mi seudónimo, es porque un antipoeta no puede inventar uno, yo necesitaba encontrar un nombre real que estuviera vacante, y ocupaaaaarlo. ¿Me entiendes? Ahora por fin lo he encontrado, en adelante mi seudónimo será... Neftalí Reyes”. Y se quedó callado, al otro lado de la línea, acechando mi reacción, acezando un poco, jadeando, ya fuera por la edad o la maldad juguetona que acaba de cometer. Neftalí Reyes, el sonoro nombre verdadero de Neruda, el que dejó “vacante” cuando decidió ponerse un nombre de pluma, ¡sólo a Nicanor se le podía ocurrir “ocuparlo”! Paladeado ya mi asombro,

Parra agregó: “Mi próximo libro lo firmaré como Neftalí Reyes. Y abajo, entre paréntesis y tarjado, dirá: ex Nicanor Parra”.

Neftalí Reyes, ex Nicanor Parra... Cuantas polémicas, cuantas *ton-teorías* nos habríamos ahorrado si, en 1954, hace medio siglo justo (ya que estamos de efemérides, déjenme agregar ésta), el libro fundamental de Parra, *Poemas y antipoemas*, hubiera salido de imprenta



Neftalí Reyes, ex Nicanor Parra.

con esa firma. Porque fue también ese mismo año cuando Neruda publicó sus *Odas elementales*, su deliberado intento por bajar a la calle del habla común, por no ser “superior a mi hermano”, como dice en la oda introductoria. Es decir, fue ese año cuando Neruda intentó lo que Parra hizo mucho mejor. Esforzándose por ser oral y corriente, Neruda apunta una oda elemental a la cebolla y le sale una épica cebollenta: “redonda rosa de agua,/ sobre/ la mesa/ de las pobres gentes”. Mientras Parra le hace una “Oda a unas palomas”, y le sale esta sabiduría de la plaza: “Más ridículas son que una escopeta/ O que una rosa llena de piojos”. Neruda, tratando de ser normal y sencillo, sigue solemne y visionario hasta la gangosidad. Mientras Parra es juguetón, y del común, hasta el absurdo y el chiste *fome*, como decimos en Chile.

Recuerdo que esa noche me imaginé a Nicanor, con el teléfono en la mano, junto al balcón sobre el tormentoso Pacífico de Las Cruces —equidistante de las tumbas de Neruda, en Isla

Negra, y de Huidobro, en Cartagena—. Lo sospeché riéndose para llamado de su chiste, librando aún su pleito estético contra Neruda, condenando todavía, a punta de puro humor, “la poesía de vaca sagrada”. Contra la vastedad oceánica y telúrica del vate que canta a continentes completos, Parra opuso la nimiedad callejera y extraviada del individuo que no representa ni tribu, ni nación, sólo “el mundo al revés/ Pero

no: la vida no tiene sentido”. Compárese con el individuo nerudiano más sencillito, el de las odas, cuando dice modestamente: “Yo quiero/ que todos vivan/ en mi vida/ y canten en mi canto...”

La reacción de Parra contra Neruda puede interpretarse como un caso de esa angustia de las influencias, que teorizó Harold Bloom. La sombra titánica de Neruda agostó o miniaturizó generaciones de poetas. Y al mismo tiempo

estimuló su espíritu de emulación y combate. Parra lo tuvo claro bastante pronto, llamó a Neruda “monstruo” (en sentido peyorativo y admirativo, al mismo tiempo). Pero agregó que a esos monstruos “por una parte, hay que eludirlos, y por otra, hay que integrarlos.”

Años después, en este centenario nerudiano, el “artefacto” que me regaló Nicanor por teléfono, su ocupación del nombre desechado por Neruda, redondea simbólicamente esa *integración* que se propuso Parra tantos años atrás. Neftalí Reyes, el nombre civil de Neruda, corresponde al poeta que éste no fue: antisolemne, inseguro, autoirónico. Todo eso que el antipoeta, “ex Nicanor Parra”, ni corto ni perezoso, le “ocupa” de hecho, feliz e impunemente, al apropiarse de su nombre vacante. Asimismo —y fiel a sus mañas irrespetuosas—, la broma de Parra resquebraja el solemne monumento que le hacen a Neruda, recordándonos al Neftalí que no fue. Una razón más para desearle —en los noventa que cumple este septiembre— larga vida a Nicanor. —

— CARLOS FRANZ

MÚSICA

Por siempre Dylan

Es una cálida noche del verano 2004 en Barcelona y Bob Dylan acaba de estrenar el tramo español de su infatigable Neverending Tour –subtitulado esta vez con el nombre de Avallon Ballroom Tour–, y ahí está el verdadero judío errante: cantando, con voz crocante y las garras sobre el teclado de un piano, aquello de “Ella me mira a los ojos y sostiene mi mano y me dice ‘No puedes repetir el pasado’, y yo le digo ‘¿No puedes? ¿Qué quieres decir con no puedes? Por supuesto que puedes’” Y el modo en que Dylan interpreta esta canción –titulada “Summer Days” e incluida en *Love and Theft*, uno de los *party-records* más bizarros de la historia– es la mejor y más incontestable evidencia del asunto. “Summer Days” fue grabada en 2001 y salió a la venta aquel apocalíptico y milenarista 11 de septiembre en que los aviones se estrellaban contra edificios; pero igual podría ser parte de un viejo disco de pasta de principios de siglo o llegarnos desde el futuro mecida en el viento de los rayos z o algo así. Ahora, en vivo y en directo, suena como el regocijado grito de victoria de un artista sobreviviente a todo y a todos.

Bob Dylan ha conseguido lo que muy pocos: vencer al tiempo, escapar a la tiranía absurda de modas efímeras y –como alguna vez escribió para las *liner-notes* de *World Gone Wrong* (1993)– “aprender a avanzar atrasando el reloj”. Así –por suerte para nosotros, aunque lo haya hecho nada más que por él– Dylan se las ha arreglado para empezar y terminar en sí mismo. Eso que, a la hora de la síntesis y de la comodidad, se conoce como *clásico*.

Dylan lo supo hace unos veinte años, en una noche de niebla durante un concierto en Locarno, Suiza. Ahí tuvo una epifanía: comprendió que de allí en más su vida y su obra pasarían por la carretera, por no dejar de girar, por salir todas las noches que se lo permitieran su cuerpo y mente a un escenario en al-



guna parte del mundo y –la expresión verbo es suya– “hacer entrega”. Cuando le preguntan el porqué de esta conducta extrema, Dylan se encoge de hombros, sonrío y explica: “A muchos artistas no les gusta la carretera, pero para mí es algo tan natural como el respirar. Es el único sitio donde puedes ser lo que quieres ser. No hay canción que suene dos veces igual. Imposible aburrirse”. Y no miente: los conciertos de Dylan –lo sabe cualquiera que haya tenido el privilegio de estar allí– poco y nada tienen que ver con el prolijo ejercicio de la nostalgia de un McCartney o la sórdida desesperación *à la* Dorian Gray de los Rolling Stones. Dylan se entretiene deformando sus clásicos, reinventándolos *in situ*, desconcertando a sus propios músicos con súbitos solos de armónica o soltándose a inesperados bailecitos sin mirar ni una vez al público, siempre medio escondido debajo de un sombrero de tahúr de *western*. Para Dylan –como para el agente Mulder– la verdad está ahí afuera y él es el definitivo y definitorio Expediente X en la historia del rock: un objeto volador no identificado pero fácilmente reconocible cada vez que tenemos la suerte de ser abducidos por él.

Y una –otra– cosa está clara: Dylan es el principal desarticulador de su gloria, le gusta pisotear los laureles que a cada rato le ponen en la cabeza, y parece divertirse mucho a costa de sus apó-

logos desconcertándolos (el último de ellos, el muy respetable académico Christopher Ricks, acaba de publicar el indispensable *Dylan's Visions of Sin*, volumen de más de quinientas páginas donde, justicieramente, se compara al juglar de Duluth con el bardo de Stratford-upon-Avon) con acciones casi terroristas como grabar una publicidad televisiva para la línea de ropa íntima femenina Victoria's Secret, organizar una próxima gira veraniega “para toda la familia” por pequeños campos de béisbol americanos bajo el nombre de *The Bob Dylan Show*, aparecer en algún episodio de la comedia *Dharma and Greg*, y –aunque ustedes no lo crean, acabo de enterarme– juntarse a componer canciones con Gene Simmons, del grupo Kiss. Hace poco se lo vio casi dormido al recibir un título honorario en The University of St. Andrews. Y –más allá de llevar ya un tiempo jugueteando con su autobiografía– nada parece interesarle la posibilidad cada vez más comentada de que le espera el Nobel de Literatura cualquier octubre de estos. En resumen: Dylan hace lo que le da la gana, está más allá de todo y de todos –Ricks incluido– y lo justifica la coartada en aquel verso de aquella canción suya: “Para vivir fuera de la ley tienes que ser honesto”.

Por encima de lo que piense Dylan, Ricks tiene razón en algo: somos muy afortunados de que la vida de Dylan ocupe el mismo tiempo y espacio que la nuestra. Llegarán los años en que seremos más viejos pero, también, más felices por el simple hecho de haber estado allí y gozar de la admiración de los amigos de nuestros nietos. Aquí y ahora, durante su primer concierto español de 2004, a eso de la medianoche, Dylan volvió a preguntarnos aquello de cómo se siente ser como una piedra que rueda. La respuesta es la misma de siempre: mejor imposible. –

– RODRIGO FRESÁN